

Testimonio inconcluso sobre la crisis en México

Víctor M. Bernal Sahagún*

El autor sostiene que la crisis actual del país no es financiera, ni de liquidez, sino de carácter estructural, cuyo origen está en las graves distorsiones en el aparato productivo, la creciente concentración de la riqueza y la vulnerabilidad y dependencia económica. Ante esta situación se presentan diversas alternativas, referidas a ahorro interno, tasas de interés, banca de desarrollo, gasto público, distribución del ingreso, deuda externa, Tratado de Libre Comercio y privatizaciones.

The author suggests that the country's current crisis is neither financial nor one of liquidity, but rather one of a structural nature, whose origin lies in the grave distortions of the productive apparatus, the increasing concentration of wealth and economic vulnerability and dependence. The author examines various alternatives for redressing this situation, such as internal savings, interest rates, a development bank, public spending, income distribution, external debt, the Free Trade Agreement and privatization.

L'auteur soutient que la crise actuelle du Mexique n'est ni financière ni de liquidité: il s'agirait, selon lui, d'une crise de caractère structurel, provenant d'un grave déséquilibre de l'appareil productif, d'une concentration croissante de la richesse, ainsi que de la vulnérabilité et de la dépendance économique. Face à cette situation, plusieurs solutions sont étudiées, relatives à l'épargne interne, aux taux d'intérêt, à la banque de développement, aux dépenses publiques, à la répartition des revenus, à la dette extérieure, à l'Accord de libre-échange et aux privatisations.

* El título original de este artículo era *México: integración y alternativas al neoliberalismo*. Se publica inconcluso y en forma póstuma, con los avances que el autor, Investigador Titular del IIE., había realizado hasta la fecha de su fallecimiento, el 4 de febrero de 1995. La versión final fue revisada por Ana I. Mariño, también investigadora del IIE.

A riesgo de parecer reiterativo —y antes de abordar lo que estrictamente son las alternativas al proyecto anticrisis que se quiere imponer al país, y que se plantean en la parte final de este ensayo—, es ineludible dejar planteada la convicción de que la crisis por la que atraviesa el país no se reduce a un “problema de liquidez”, como se sostiene oficialmente y se ha querido convencer a la opinión pública y a los gobiernos y organismos financieros transnacionales.

En realidad, es una profunda crisis *estructural*, originada por graves distorsiones en el aparato productivo interno, una creciente concentración de la riqueza y gran vulnerabilidad y dependencia económica, fenómenos que están presentes desde hace décadas, pero que se han agudizado y extendido por la aplicación del llamado modelo económico neoliberal, basado en la apertura indiscriminada y unilateral hacia bienes, servicios e inversiones extranjeras; en acuerdos y tratados comerciales asimétricos e inequitativos para el pueblo mexicano; en la libertad irrestricta de un pequeño grupo de grandes inversionistas —nacionales y extranjeros— y funcionarios públicos para enriquecerse y sacar capitales de los canales internos de ahorro e inversión; en subastar los activos sociales en condiciones privilegiadas para los compradores y nocivas para la sociedad; en la contención salarial y pérdida forzada del ingreso real de las mayorías, lo que ha abatido el mercado interno, con lo cual se restringe el consumo y frena el desarrollo.

Desde la vertiente de análisis de la Economía Política —en la cual se incluye el suscrito— se advirtieron, por diferentes medios, los resultados de una política económica como la que se inició en 1982 y se radicalizó a partir de 1988, y ahora afirmamos que la causalidad de los presentes conflictos ha sido confundida con sus consecuencias, aunque algunas de estas, por ejemplo la devaluación, per se, profundiza, agrava y extiende las secuelas de la crisis.

Dicho de otro modo, más que el déficit en cuenta corriente, ha sido el proyecto semiliberal el que ha generado las presiones desequilibradoras; la política de restricción del papel del Estado en la economía y las pretendidamente “libres” fuerzas del mercado las que han impulsado a la demanda por divisas y de productos importados; el Tratado Norteamericano de Libre Comercio (TNLC) y la apertura unilateral lo que acentuó la inestabilidad en las relaciones económicas internacionales; fue el libertinaje bursátil y la falta de supervisión y control lo que propició la fuga de capitales. La razón

de la crisis está también en la incapacidad de los grupos dirigentes, gubernamentales y privados, de comprender la esencia de las leyes económicas o en su persistencia en utilizarlas para su propio beneficio.

Si hay algún hecho concreto, real, palpable de la dependencia estructural a la cual está sometido un país en la actualidad, este sería precisamente el “paquete” crediticio decretado por el presidente estadounidense para evitar que la crisis de México afectara a los grandes fondos de inversión de su país. ¿Esta es la interdependencia tan difundida por la ideología dominante?

Igualmente es una prueba palpable de la incapacidad del mercado, o mejor dicho, de la insuficiencia de los mecanismos de mercado para autoajustarse, de responder a la oferta y la demanda, como medios de estabilización y desarrollo equilibrado. Tuvo que intervenir no sólo el gobierno mexicano sino el de Estados Unidos, y de muchos otros países para contrarrestar distorsiones, imperfecciones y vicios de la economía “libre”; este episodio tiene una enorme importancia en la realidad, no sólo en el corto y mediano plazos sino aun teórica y filosófica, las esperanzas económicas y humanísticas en el “libre mercado” están ya muertas. El propio “modelo” neoliberal se ha encargado de enterrarlas.

Recordemos que el crédito o la línea de crédito abierta por el decreto presidencial de Clinton estaba constituido por 20 000 millones de dólares (mdd) directamente proporcionados por el gobierno de Estados Unidos con cargo a su Fondo de Estabilización Cambiaria de la Tesorería y de la Reserva Federal; “en el ámbito del Acuerdo Financiero de América del Norte”; 27 800 mdd de instituciones multilaterales como el Fondo Monetario Internacional y 3 000 mdd de la banca comercial.

Estos fondos (etiquetados por los prestamistas) se utilizarán para: 1) convertir deuda a plazo inmediato en otra de mediano plazo; 2) sustituir deuda interna por deuda externa; 3) aunque no se dijo, mantener la convertibilidad del peso mexicano, ya sin posibilidad de ser sostenida por las reservas nacionales de divisas. Es decir, se obtendrán créditos para seguir sosteniendo las fugas de capitales directamente especulativos o para satisfacer los pagos de intereses, asistencia técnica y utilidades de las compañías transnacionales (CTN) que medran en el país.

Como bien sabemos, al final de cuentas la paridad cambiaria se declaró por el gobierno insostenible en diciembre pasado y la devaluación fue el detonante de la aguda crisis actual. Para nuestra moneda, de nada sirvió estar en el área del dólar y depender de sus oscilaciones.

Con seguridad, existieron diversas razones por las que no se tomó antes la decisión de devaluar, aunque cabe preguntarse cuáles pesaron más; como hipótesis señalemos: ignorancia o incapacidad; menosprecio de los indicadores, así fuesen los dados a conocer a la opinión pública; razones político-electorales; o previsiones de un grupo corrupto para obtener ganancias ilegítimas por medio de la especulación cambiaria y bursátil, merced a la información privilegiada. Y aprovechando esas circunstancias, se efectuó una manipulación del mercado de valores para apropiarse de los *stocks* de acciones.¹

Ante una crisis tan severa como ésta, hay múltiples elementos a corregir; sin tratar de hacer una lista completa, podemos enumerar: déficit en cuenta corriente y comercial; desequilibrios sectoriales y regionales; distribución del ingreso; *crecimiento económico reducido y, por tanto también las tasas de formación bruta y neta de capital*; desempleo y subempleo; rezagos sociales en educación, vivienda, salud, transporte, ecología, infraestructura, demandas básicas de alimentación, principalmente infantil, rezago salarial, inequitatividad fiscal, decadencia de los servicios públicos, y deuda externa excesiva en cuanto a la posibilidad de pago, entre otros.

Según notas de prensa, Clinton "urgió a Zedillo a «poner en operación un sólido programa económico»" que, de acuerdo a lo que afirmó el secretario de Hacienda, Guillermo Ortiz, ya había sido "autoimpuesto" por el gobierno mexicano.

Clinton y los líderes del Congreso llegaron a un "acuerdo político bipartidista para extender nuevas líneas de crédito a México, con el fin de enfrentar de manera «avasalladora y decisiva» la urgencia económica que sacude al país vecino."² A pesar de ello, en el colmo de la irresponsabilidad, las versiones oficiales siguieron asegurando que era "un problema técnico".

1 Véase *The Wall Street Journal* y *Excelsior*, 14 de enero de 1995.

2 *Excelsior*, 13 de enero de 1995.

El secretario de Estado, Warren Christopher, acaba de informar en un programa de televisión, que Estados Unidos impondrá «condiciones severas», pero no «dictatoriales», a las garantías de préstamos a México para ayudar a solucionar la crisis financiera de ese país.³

Por otra parte, el presidente de la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio (Concanaco), declaró: "la sociedad mexicana ya no puede resistir, de manera indefinida, ajustes gradualistas insuficientes; reclama un bienestar que no sea de estadísticas";⁴ el mismo dirigente aseguraba que los precios de "la llamada canasta básica, se elevarían por lo menos 30 por ciento."

Adicionalmente existe la advertencia republicana, que domina ambas cámaras estadounidenses, de que el Congreso "no apoyará «ni el más fantástico de los sueños» el extender un «cheque en blanco» al gobierno del Presidente Ernesto Zedillo."⁵

Estando así las cosas, en lo que respecta a financiamiento del desarrollo debemos resolver interrogantes que son fundamentales: ¿De dónde sacar los recursos con un ingreso per cápita que, en dólares, ha descendido considerablemente y amenaza con seguir bajando? ¿Cuánto se necesita? ¿Cómo está distribuido el ingreso per cápita si el grueso de los trabajadores reciben ingresos mensuales de entre 75 y 225 dólares? ¿Qué posibilidades hay de obtener recursos sin recurrir a mayor endeudamiento?

Si el PIB es de 300 000 millones de dólares (mdd) y de ellos el 40% es apropiado por el 10% de la población (que por lo visto no hace sino importar artículos de consumo o especular con los recursos que detentan), he ahí quienes, por conducto de medidas socialmente adecuadas y justas, deben financiar la recuperación nacional.

Los resultados concretos del Plan de Emergencia se dejaron sentir casi instantáneamente: todos y cada uno de los gobiernos estatales comenzaron la reducción de sus presupuestos, independientemente de las reducciones federales: cancelación de plazas y suspensión de proyectos, despido del personal eventual y del que no se encontraba en la nómina, eliminación de empleos directos e

3 *Excelsior*, 16 de enero de 1995.

4 Declaraciones de Germán González Quintero, presidente de la Concanaco, en *Excelsior*, 13 de enero de 1995.

5 *Excelsior*, 13 de enero de 1995.

indirectos, suspensión de arrendamientos de oficinas públicas, de construcciones, y de adquisición de nuevos equipos.

Infinidad de negocios, ya de por sí afectados por las altas tasas de interés y la caída de la demanda interna, —ambos fenómenos acelerados y agravados por la devaluación y el impacto inflacionario de la misma—, enfrentan ahora mayores dificultades para seguir operando, lo que se manifiesta en cierre de restaurantes, fábricas de calzado, talleres de pequeños artesanos y empresas medianas, y aun de intermediarios comerciales.

Las carteras vencidas se han convertido en un elemento fundamental de contradicciones y enfrentamientos ya no sólo entre banca y adquirentes de bienes de consumo, titulares de créditos hipotecarios o tarjetahabientes, sino en choques y mutuas acusaciones interempresariales.

La nueva consigna gubernamental es “sacrificar todas aquellas obras no prioritarias para la población o que no tengan relación con el bienestar social de las familias”, según dijo el gobernador de Nayarit, luego de anunciar la reducción del 10% del gasto público estatal.⁶ Pese a tal declaración, “La reducción del presupuesto del Sector Salud en el país, de 18 por ciento, detendrá la adquisición de tecnologías y equipos electrónicos para abatir el rezago de 30 años en la rama hospitalaria” (jefe de los servicios coordinados de salud en Durango, José María Chávez).

Al parecer, será inevitable, en virtud del programa de ajuste que aplicará el gobierno mexicano como “única salida”, imponer elevados aumentos a bienes, servicios e impuestos, como la gasolina, electricidad, teléfonos, predial, agua, uso y tenencia de cualquier artefacto de motor que rueda, vuele o navegue; así como el consiguiente incremento en todos los precios que con seguridad, rebasará en mucho al magro aumento de los salarios.

Es decir, el camino que se elegirá será el de la prolongación de la política de sacrificio de las mayorías a través del aumento de precios y reducción de los ingresos reales. Según hemos estimado, con una decisión semejante el número de mexicanos en los límites de la pobreza llegará a los 50 ó 60 millones, lo que reducirá, aún más, el agobiado mercado interno.

⁶ *Excelsior*, 16 de enero de 1995.

En el fondo, lo que ocurre es que se han “privatizado” las naciones completas, y sus propietarios son los grandes bancos transnacionales y los organismos financieros internacionales hegemónicos, a su vez controlados por los gobiernos de los países más poderosos, en particular Estados Unidos.

La *interdependencia* se da entre las naciones posindustriales, los organismos financieros controlados por éstas y los poderosos binomios transnacionales (bancos—conglomerados industriales, comerciales y tecnológicos), que ponen y deponen a los gobiernos que no satisfacen a sus particulares intereses. El resto del mundo, incluidos los aparatos gubernamentales, los magnates subdesarrollados locales, los sistemas productivos y de distribución, y aun las estructuras políticas están simple y llanamente subordinados a aquéllos, es decir, son dependientes.

Tal dependencia provoca que, en efecto, descendan las bolsas de valores no exclusivamente de los países latinoamericanos sino de Europa y Asia, afecta al dólar canadiense, hace tambalearse al TNLC y altera en diversos sentidos la estabilidad financiera internacional.

La alternativa se presenta —se ha presentado— nfidamente:⁷

1. La utilización racional, completa del ahorro interno en proyectos productivos, mediante un efectivo y democráticamente concebido y ejecutado Plan de Recuperación y Desarrollo. El mito —no genial sino opuesto al humilde sentido común— de la insuficiencia del ahorro interno disfraza la realidad del desperdicio y las fugas de capitales. Lo que sucede es que los excedentes domésticos están totalmente sub o malutilizados, ya sea por el consumo superfluo de una pequeña parte de los habitantes del territorio nacional, por que se dedica a actividades especulativas, cambiarias o bursátiles, o por que se evade de los circuitos de inversión efectiva por diversos artilugios como el déficit comercial, el pago

⁷ Véase de este autor: “1994: seis años de «interdependencia»”, en *Momento Económico*, núm. 76, México, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, noviembre-diciembre de 1994, pp. 12-15. *Idem*, “1994-2000, ¿retroña el liberalismo social?”, *Momento Económico*, núm. 77, México, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, enero-febrero de 1995, pp. 10-13. Y, *Idem*, “Crisis estructural y coyuntura económica”, *Momento Económico*, núm. 78, México, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, marzo-abril de 1995.

de la deuda externa, las remesas por regalías, beneficios y otros pagos al capital trasnacional, o simple y llanamente por fugas de divisas.

Es urgente el establecimiento de límites a las actividades especulativas, la fijación de impuestos a las ganancias derivadas de la especulación en divisas o en el "mercado sin valores" y una profunda reforma fiscal.

En suma, el déficit en cuenta corriente y otras formas de evasión del ahorro interno han sido aceleradas por la apertura indiscriminada, y el proyecto semiliberal es el que ha generado las presiones cambiarias desestabilizadoras; el TNLC y la liberación externa, ejercida dogmáticamente —y, por cierto, aplaudida hasta hace apenas unas semanas por las cúpulas empresariales y sindicales, y por los "analistas" contratados por la radio y la televisión "nacionales"— fueron el gran impulso a los desequilibrios en las relaciones económicas internacionales; la anarquía bursátil y la falta de supervisión y control del mercado de valores son algunas de las principales razones de la fuga de capitales. Es urgente corregir tal situación.

2. Una urgente y considerable disminución de las tasas de interés y la reestructuración de las deudas existentes con la banca comercial; la pretendida "libre competencia" en la esfera de las finanzas y el dinero es sólo retórica.
3. El fomento de un sistema de banca de desarrollo descentralizada, que atienda a las necesidades regionales y sectoriales. No es posible fijar las mismas condiciones para la adquisición de artículos suntuarios, o a los préstamos otorgados a productores de bienes de consumo prescindible, que a los fabricantes de bienes básicos y de capital, o a empresas establecidas en zonas saturadas y con problemas urbanos que a aquellas orientadas a regiones deprimidas.
4. El aumento y reordenación del gasto público hacia acciones que efectivamente eleven el bienestar social, impulsen las actividades agropecuarias y reactiven la producción global, con un programa de incentivos a la inversión y la generación de empleo, de corrección de los desequilibrios sectoriales y regionales, la substitución de importaciones, la educación en todos sus niveles,

la investigación y desarrollo en ciencia y tecnología, y la reubicación de la inversión extranjera.

5. Hay pruebas más que suficientes que demuestran la mixtificación de que primero había que concentrar la riqueza y luego la inversión, el "libre mercado y la desregulación" se encargarían de derramar sus beneficios a toda la sociedad. Es prioritario un programa de "desconcentración" del ingreso, sin populismos ni subsidios injustificados, que corrija la estrechez del mercado interno, mejore el bajo nivel y calidad de vida de las mayorías y modere la creciente dependencia del exterior.
6. Por otro lado, es notorio que el país no debe continuar siendo rehén del endeudamiento externo, y mucho menos si a cambio de avales o nuevos créditos se establecen condiciones y requisitos inaceptables, por lo que es inaplazable rectificar el manejo de las obligaciones con el exterior y coordinar mecanismos de cooperación con otros deudores, principalmente de Latinoamérica, para disminuir intereses y servicios, recalendarizar pagos y reajustar los montos globales, si es necesario incluso con moratorias o suspensiones de pagos colectivamente acordadas.
7. Dado que, como afirmamos, el TNLC agudizó los desequilibrios en las relaciones económicas internacionales, debería mantenerse un estricto control sobre sus efectos y, de ser necesario, discutirlo de nuevo y renegociarlo a partir de los resultados recientes.
8. Aunque ya se ha insistido, en todos los tonos y niveles del poder, que "el patrimonio nacional no es subastable ni hipotecable" (¡é más?!), nunca sobra la reiteración de que el trillado atajo de las privatizaciones sin consenso social y sin programas de origen de los recursos, condiciones de venta, participantes reales de las operaciones, destino de los pagos y supervisión permanente del funcionamiento de las empresas liquidadas sólo lleva a mayores distorsiones económicas, concentración de la riqueza común e ineficiencias.

Ni qué decir que en el caso de Petróleos Mexicanos y de los actuales sistemas de generación, distribución y comercialización de energía eléctrica y de Ferrocarriles Nacionales de México, ni la discusión cabe, y concitarían a casi todos los conciudadanos, en especial en contra de los eternos ideólogos del caos y del divino estado apátrida y "globalizado", de cuyos nombres ni quiero acordarme.